

## CAPITULO II.

### Los comienzos de la expedición de México.—La convención de la Soledad.—Puebla.

#### I

El 9 de enero de 1862 un pequeño cuerpo de ejército francés de dos mil quinientos hombres desembarcó en la playa de Veracruz. Comenzaba la expedición de México.

Hé aquí cómo el emperador se había imaginado que se desarrollaría. Las tres escuadras llegarían juntas á Veracruz. Sin llenar siquiera la formalidad de una declaración de guerra, desembarcarían sus tropas, se apoderarían de la ciudad y de su fuerte, se harían dueños de la aduana, notificarían á Juárez su llegada por medio de un ultimátum brutal, que sería inevitablemente rechazado. Entonces, los aliados se separarían, permaneciendo los ingleses en la costa y marchando rumbo á México los franceses y los españoles. Eran muy poco numerosos para someter á un país cuatro veces más grande que Francia, pero desde sus primeros pasos verían levantarse á las poblaciones, que derribarían á un gobierno execrado. ¿Acaso Almonte, Saligny y Wyke no aseguraban que en ninguna parte encontraríamos, apenas nos presentáramos, el menor elemento de resistencia? Así, sostenidos y guiados por el consentimiento popular, llegaríamos sin obstáculo á Puebla, la Ciudad de los Angeles, y seguiríamos rumbo á México, en donde seríamos recibidos con arcos de triunfo. Juárez, desesperado, derrocado, expulsado, cedería el lugar al gobierno provisional que estableceríamos y que convocaría una asamblea á la cual Jurien se dirigiría en estos términos. «Somos demasiado partidarios de la soberanía de las naciones para imponeros nuestra voluntad; escoged el gobier-

no que os plazca; vuestra voluntad será respetada. Sin embargo, como nuestra amistad hacia vosotros es demasiado grande, no debemos ocultaros que, según nuestra opinión (que estáis en libertad de no tener en cuenta), lo mejor que podéis hacer es huir del restablecimiento de la república y restablecer un trono que vuelva á vuestro país su esplendor perdido. Para ahorrarnos cuidados, hasta nos hemos tomado el trabajo de prepararos un candidato muy aceptable, emparentado con los Coburgos, grato á los ingleses: el archiduque Maximiliano». Nadie se resistiría á una invitación presentada en tan buenos términos; el restablecimiento de la monarquía sería votado por unanimidad; el nuevo soberano ocuparía el trono, y el ejército francés volvería á París en medio de estruendosas aclamaciones, y se añadiría una página más á los *gesta Dei per Francos*.

La realidad iba á hacer que esas ilusiones se desvanecieran.

Los aliados no partieron juntos. La escuadra española no nos esperó y llegó sola á Veracruz (17 de diciembre de 1861), sin encontrar ahí ninguna resistencia, porque Juárez no había creído necesario que los invasores encontraran más enemigos que la fiebre, las emanaciones miasmáticas, los zancudos y la soledad. Los españoles se apoderaron, en nombre de la alianza tripartita, de los fuertes abandonados. Prim, que había hecho á los aliados el favor de esperarles en La Habana, convencido de que su importancia personal eclipsaba todas las demás móviles de la expedición, se había embarcado en aquel puerto, acompañado de su mujer la mexicana, mientras la multitud gritaba: ¡Viva el virrey de México! ¡Viva el nuevo Hernán Cortés! Al desembarcar en Veracruz, los españoles, bien organizados, le recibieron con delirante entusiasmo y él se dió á sí mismo la bienvenida en un periódico (1) cuyo era el inspirador: «El héroe de los Castillejos, decía ese periódico, montó á caballo en el muelle, escoltado por valientes oficiales y un brillante Estado Mayor, y se dirigió hacia su cuartel general, admirado por la multitud que se apiñaba en derredor para contemplarle extática. La ciudad ha cambiado por completo de aspecto, ha tomado aires de fiesta que no había tenido nunca. Los soldados miran al Gral. Prim como un dios, sus amigos dicen de él que es el ángel exterminador, el ángel del consuelo, el león de las batallas, el semidiós de la

1 El Eco de Europa.—NOTA DEL AUTOR.



guerra. Homero, sin duda, le habría comparado con Marte. Tenemos en él á un noble capitán á quien Grecia y Roma habrían elevado al rango de sus dioses; á un héroe que, en la Edad Media, habría sido fundador de una dinastía de reyes. Si fuere posible añadir algo á la confianza inspirada por la gran lealtad de las potencias aliadas, México encontraría una garantía nueva en el conde de Reus. Su nombre y su persona son el símbolo y el programa de esta expedición».

Los plenipotenciarios comenzaron por expedir una proclama, cuando menos inoportuna, en que afirmaban: que no tenían ningún secreto designio, que llegaban con toda buena fe á tender una mano amiga á un pueblo que estaba agotando su vitalidad en las convulsiones de la guerra civil, para ayudarle á regenerarse. Después, se ocuparon en fijar los términos del ultimátum que debía explicar el desembarque y preparar la marcha hacia adelante.

Los ingleses, tenedores conocidos de casi todos los bonos de la deuda extranjera mexicana, reclamaban ochenta y cinco millones, los españoles cuarenta y otras potencias veinte. Todos estos créditos provenían de convenciones firmadas y libremente discutidas, é incontestables por lo tanto. Los ingleses reservaban para futuras convenciones el arreglo de las indemnizaciones motivadas por los últimos acontecimientos. Si Francia hubiese procedido de la misma manera, sus reclamaciones habrían sido mínimas, no habrían llegado á un millón de francos; pero sus plenipotenciarios exigieron de propia autoridad, sin entrar siquiera en discusión con su supuesto acreedor, una enorme suma por los daños y perjuicios recientes. La convención de Londres no autorizaba este procedimiento exorbitante; no se refería más que á obligaciones *contraídas*, es decir, líquidas, fuera de todo litigio, y los créditos reclamados pero no líquidos, no son obligaciones *contraídas*. Thouvenel había, empero, autorizado esta primera infracción del convenio; pero no había previsto que llegara á exigirse una cantidad mayor que la relativamente moderada de diez millones de francos. Nuestros plenipotenciarios reclamaron sesenta y á éstos añadieron otros setenta y cinco, como saldo íntegro del crédito Jecker. Esta exageración monstruosa de cifras era una doblez de la política de intervención, al mismo tiempo que un cálculo de avidez pecuniaria. Se quería desvirtuar el argumento que Julio Favre ha-

bía presentado y podía volver á presentar si no se reclamaba más que la deuda líquida, unos setecientos cincuenta mil francos en cifras redondas: «Y por una suma tan miserable vais tan lejos á acometer una empresa tan costosa?. Sería preferible que vosotros mismos indemnizarais á vuestros nacionales perjudicados!» El verdadero motivo de la expedición, que todavía se creía conveniente disimular, habría, de otra suerte, sido demasiado ostensible.

Sea de ello que fuere, admitir nuestras cifras era exigir, por medio de un ultimátum, á un país en la inopia, cuyos ingresos anuales no llegaban á cincuenta millones, el pago de doscientos. Saligny, que no quería exponerse á las primeras escaramuzas de la discusión, se había excusado, dejando al cándido Jurien la tarea de leer el ultimátum. Al escuchar la cifra de sesenta millones, el comisario inglés quiso protestar, pero su sorpresa se cambió en estupor cuando se llegó á los setenta y cinco millones del crédito Jecker. Entonces entró en explicaciones acerca del tráfico desvergonzado á que daban margen las indemnizaciones; dijo que presentarse como víctima se había convertido en un oficio lucrativo, que muchos se habían hecho encarcelar durante algunos días para obtener una fuerte suma, y que aun los que habían realmente sufrido perjuicios, los aumentaban en proporciones fantásticas. No había, pues, que pensar siquiera en exigir sesenta millones para indemnizar á veintitres franceses bien poco perjudicados; y en cuanto al crédito Jecker, que era una verdadera estafa, no era posible exigir su pago; porque, contraído por insurrectos sin ninguna autoridad, declarado nulo previamente por un decreto regular del gobierno legítimo, sólo era exigible á Miramón y con su poder efímero se había desvanecido. Jecker, decía para terminar á ese respecto, y los que tomaron sus bonos hicieron una apuesta, fiados en la buena suerte de Miramón; si han perdido, tanto peor para ellos; no es posible exigir á Juárez que pague los cartuchos y los obuses lanzados contra él.

Jurien, atrojado, no sabía qué contestar y dejó el trabajo de hacerlo á Saligny. El redactor del ultimátum se mostró altanero. Dijo que si los sesenta millones no estaban justificados, lo estarían después, y que sólo á él y á su gobierno correspondía resolver acerca de la legitimidad del crédito Jecker, puesto que la convención de Londres prohibía á los plenipotenciarios



de una nación poner en tela de juicio las reclamaciones de los de otra.—«Pues estad seguro, contestó el inglés, de que ese contrato escandaloso y leonino no será jamás aceptado por el gobierno actual ni por ningún otro: los mexicanos preferirán soportar todas las consecuencias de una guerra desastrosa para ellos, á la ignominia de ceder á exigencia tan injusta» Y Prim exclamó:—«Jamás me resignaré á emplear la influencia de mi noble y generosa patria y la sangre de sus soldados, en arruinar totalmente á este infortunado país, sosteniendo pretensiones tan mal fundadas».

La posibilidad de una ruptura se presentaba desde la primera explicación. ¿Qué hacer? La escolta mexicana, pedida para acompañar á nuestros enviados hasta Méjico, esperaba en los puestos avanzados de Tejería. Se transó y se entregó á los enviados, en lugar del ultimátum, una nota colectiva en la cual se exponían en términos vagos las intenciones generosas de los aliados y sus reivindicaciones. No se envió un cartel de desafío, se propusieron negociaciones, al mismo tiempo que se solicitó, para acampar, un lugar sano, «mientras duraran las negociaciones y hasta que México hubiese terminado su reorganización interior» (14 de enero de 1862). En efecto, era urgente salir de Veracruz, ciudad triste, desierta, apestada. En aquel clima enervante de la tierra caliente, los soldados se fundían literalmente. Era preciso á todo trance ganar la tierra templada, la región de la perpetua primavera, á medias del plano inclinado que forma la meseta central hasta llegar á México, y en donde se encontrarían, rodeadas de naranjos y de plátanos, las ciudades salubres de Orizaba, Córdova y Tehuacán. Ahí volverían á la vida aquellos siete mil hombres enviados á la conquista de un reino. Pero no tenían ni carros, ni caballos, ni guarniciones, ni ningún medio de transporte, en fin. Se les había dicho que los indígenas les darían todo, y sin embargo, nada podían obtener, ni á precio de oro. El supuesto partido monárquico no se presentaba. Juárez había expedido (25 de enero de 1862) una ley terrorífica, sí, pero ley de defensa, que condenaba á la pena de muerte á todos aquéllos que invadían el territorio sin declaración de guerra y á todos los que les secundaran. Esta ley había hecho el vacío en derredor de Veracruz, mientras en el resto del país una adhesión general se operaba en derredor del poder nacional: generales reaccionarios,

generales liberales, antagonistas hasta entonces, tales como González Ortega y Doblado, habían ofrecido su espada al magistrado de negro frac; Doblado habían aceptado ser su ministro de Relaciones Exteriores. Era, pues, tan difícil salir de la tierra caliente por la fuerza, como peligroso permanecer en ella. Lo más seguro era recurrir á una negociación, pero esta negociación fracasaría, si, mientras se proseguía en México, los plenipotenciarios hacían en Veracruz cualquiera manifestación contra el gobierno con quien negociaban. Y esta falta la habrían ciertamente cometido sin la energía de Wyke.

Miramón, en compañía del Padre Miranda y de otros acólitos de igual jaez, anunciaban su llegada. Recibirles era declarar inmediatamente el estado de guerra y la ruptura de las negociaciones. Sin embargo, Saligny lo propuso sin encontrar seria oposición por parte de Jurien ni de Prim. Wyke no se mostró tan complaciente, porque Miramón, para él, no era más que un conspirador vulgar, un ladrón de fondos ingleses, y asumió la responsabilidad de no recibir en las filas de un ejército que iba á exigir la reparación de ciertos ultrajes, al principal autor de ellos. Desde que el buque que llevaba al expresidente estuvo á la vista, un bote inglés armado lo abordó, varios soldados se apoderaron de Miramón y le pusieron en una fragata inglesa que se lo llevó á La Habana (27 de enero de 1862). Pero Wyke cometió la falta de hacer las cosas á medias y de no aplicar el mismo tratamiento al Padre Miranda.

## II

Según las prescripciones estrictas del derecho de gentes, que conocía bien, Juárez habría debido contestar á los negociadores que los aliados le habían enviado á México: «Armados habéis desembarcado en mi país; os habéis apoderado de una de mis ciudades é instalado en ella, y después, comprendiendo que teníais algo que decir al dueño de la casa cuya puerta habéis fracturado, me habéis enviado mensajeros. No quiero saber lo que deseáis; largaos primeramente; volved á vuestros buques, y desde ahí hacedme saber en términos corteses



vuestras intenciones y deseos. Sólo así os contestaré. Si no, abriré las hostilidades y marcharé sobre vosotros». Pero Juárez no tenía listo su ejército; deseaba con toda su alma evitar un conflicto que pondría en tela de juicio lo que con tanto trabajo había conquistado, y como era libre de obrar á su guisa porque el congreso no estaba en sesiones, recibió cortesmente á los enviados, sin hacerles reproches ni amenazarles, y les dijo: «Todos los Estados de la federación obedecen al gobierno; las bandas de los rebeldes no han podido apoderarse ni de una aldea. México no tiene, pues, necesidad de ser regenerado y mucho menos de que se le obligue á cumplir los compromisos que ha contraído; porque respetarlos será una de las reglas invariables de la administración liberal».

Invitó á los plenipotenciarios á dirigirse á Orizaba con una guardia de honor de dos mil hombres y á reembarcar el resto de sus tropas por inútiles (23 de enero de 1862), é hizo que á los portadores de esta contestación se uniera el antiguo ministro Zamacona, que había adquirido la confianza de Wyke en las negociaciones que el congreso no había aprobado, para dar pruebas convincentes de sus intenciones conciliadoras y leales. Los plenipotenciarios se negaron al reembarque y hasta anunciaron su resolución de ir, á mediados de febrero, á Orizaba y Jalapa, en busca de un campamento salubre (2 de febrero de 1862) añadiendo que uno de ellos, Prim, estaba pronto á avistarse con Doblado. Juárez no insistió y envió á Doblado á la cita que se le daba.

Doblado ofreció galantemente que llegaría hasta los puestos avanzados de Tejería, pero Prim se adelantó acompañado de su Estado Mayor y de unos cincuenta jinetes. Se encontraron en la Soledad (19 de febrero de 1862), se encerraron en una casa aislada y en pocas horas se pusieron de acuerdo. La convención de la Soledad estipulaba que se abrirían en Orizaba las negociaciones, el 15 de abril, fecha lejana, impuesta á los mexicanos por los plenipotenciarios, con objeto de esperar nuevas instrucciones de Europa. Hasta la apertura de las conferencias, las fuerzas aliadas ocuparían Orizaba, Córdoba, Tehuacán, lugares muy sanos, y quedaba formalmente estipulado que si las negociaciones fracasaban, los aliados retrocederían más allá de la línea del Chiquihuite, ya fuese á Paso Ancho ó á Paso de Ovejas, y que los hospitales que deja-

ran detras quedarían bajo la salvaguardia de la nación mexicana.

Así el territorio era voluntariamente abierto á los invasores, á quienes se sustraía del peligro de la peste. Los mexicanos, al hacer estas concesiones, hacían también las siguientes declaraciones importantes: «1ª el gobierno constitucional de la República Mexicana, habiendo informado á las potencias aliadas de que no necesita de la ayuda que ofrecen con tanta benevolencia al pueblo mexicano, porque este pueblo tiene en sí los elementos de fuerza necesarios para reprimir toda rebelión intestina, los aliados recurrirán á tratados para presentar sus reclamaciones; 2ª el día en que los aliados comiencen á avanzar, la bandera mexicana será izada en Veracruz y en el fuerte de San Juan de Ulúa.»

Esta convención salvaguardaba la salud de las tropas españolas y francesas, y Prim tenía razón en vanagloriarse de haber, al concluirla, hecho un señalado servicio á su país. Jurien no había merecido menos bien del suyo al aprobarla, á pesar de la resistencia de Saligny. Pero desde el punto de vista moral era más digna de elogio. Acababa por dar al traste con las instrucciones tortuosas y volvía á la letra y al espíritu de la convención de Londres, sin tener en cuenta las intenciones todavía no confesadas y tenebrosas de los organizadores de la expedición. Estos organizadores formaban parte de un complot para derrocar á Juárez; la convención de la Soledad reconocía su poder; ellos habían maquinado una gran intriga monarquista; ella la desbarataba, reduciendo la expedición á una empresa honrada y fácil, de la cual se saldría probablemente sin disparar un tiro.

Esta convención demostró que la luz se había hecho en el espíritu de todos los plenipotenciarios, excepto Saligny. Habían desembarcado esperando, como se les había anunciado, ser recibidos con los brazos abiertos por un partido numeroso, entusiasta, y, transcurridos dos meses, se percataban de que los partidarios del sistema monárquico, insignificantes por su número, no contaban siquiera con esos hombres enérgicos que proporcionan á veces el triunfo á las minorías. Prim, que hablaba el lenguaje del país, que estaba en relaciones personales con muchos mexicanos, había más pronto y mejor que sus colegas adquirido esa convicción. Y en cuanto á Jurien, llegó cuando menos á ésta: «que era preciso eximirse de abrazar de una ma-



nera ostensible la causa del partido de la minoría, que tenía en su contra la opinión general del país.» (1)

El aspecto de las tropas en marcha hacia su nuevo campamento, justificó las previsiones de Prim y de Jurien. Los españoles, de sus seis mil hombres, no tenían ya más que cuatro mil en estado de combatir; los franceses tenían de cuatrocientos á quinientos enfermos que, minados por la fiebre, se arrastraban en lugar de marchar; los convoyes se atascaban, las mulas, echadas con carga y todo, se negaba á caminar, (2) y en cuatro días la columna no avanzó más que ocho leguas. Pero todos resucitaron al llegar á Córdoba, Orizaba y Tehuacán: los soldados recobraron su aspecto marcial, su buen humor y su entusiasmo, y el almirante, encontrando facilidades para completar sus equipajes y sus medios de transporte, se regocijó de haber dado su asentimiento á la convención. Las relaciones entre mexicanos y franceses se hacían cada día más cordiales; todo presagiaba para las negociaciones de Orizaba un resultado tan feliz como el de las de la Soledad, cuando llegó de Europa la discordia, en apoyo de Saligny.

### III

El adelanto de la flota española, la estancia de Prim en La Habana, habían causado disgusto lo mismo en Londres que en París. Se estimaba que los españoles hacían su voluntad con demasiada altanería y que era ya tiempo de oponer á ese quijotismo un poco del realismo de Sancho Pansa. Russell preguntó por qué los españoles, á pesar del convenio, se habían adelantado á sus aliados. Calderón Collantes contestó que el mariscal Serrano preparaba en La Habana una expedición resuelta antes de la convención de Londres, y que no había recibido oportunamente contra-orden para retenerla. «Esa razón es insuficiente» replicó duramente Russell. El Emperador, menos brutal, no se mostró menos perentorio. Informado desde La Habana de que Prim no prestaba ningún apoyo á los delegados monár-

1 Carta á Prim, 20 de marzo de 1862.—NOTA DEL AUTOR.

2 Véase el excelente libro de Niox.—NOTA DEL AUTOR.

quicos que habían acorrido á su lado, temió que el encantador de Vichy secundase mal sus íntimos proyectos, y tomó precauciones, ordenando que se reforzara á Jurien con cuatro mil quinientos hombres. No queriendo, sin embargo, herir la susceptibilidad española, colocó á su cabeza á un simple general de brigada, Lorencez, de manera que Prim no perdiese la preeminencia de etiqueta, y en una carta muy amable recomendó á éste al nuevo general, expresando sus esperanzas de que no surgiría entre ambos ninguna divergencia de opinión (24 de enero de 1862). Tomó también otra determinación, muy atrevida por cierto: agregó á Almonte á la expedición, con la misión formal de organizar la acción monárquica de acuerdo con Saligny. En consecuencia, Almonte había ido á Miramar antes de embarcarse para México, retardando dos días la partida de Lorencez, y había obtenido del príncipe austriaco, que se consideraba ya como emperador, poder para conferir grados en el ejército, títulos y empleos civiles.

Almonte esperaba encontrar á Juárez derrocado y á los aliados en México; pero desde el buque divisó el pabellón mexicano flotando al lado del de los aliados. Desembarcó muy agitado, y tuvo noticia de la convención de la Soledad.—«¿Qué habéis hecho? dijo á los plenipotenciarios. Lo contrario de lo que se os había prescrito, de lo que se esperaba de vuestra iniciativa. No se os había encargado que tratarais con Juárez, sino que le derribarais y entronizarais á Maximiliano. Tal es la voluntad formal de Napoleón III, quien me envía para hacer que prevalezca ¿Lo dudáis? Pues hé aquí una carta suya autógrafa» Y Lorencez confirmó lo dicho por Almonte: había recibido las mismas instrucciones de boca del emperador.—«Ya veis, dijo Saligny triunfante á Jurien de la Gravière, yo conocía mejor que vos las intenciones de Su Majestad»—«Convengo en ello, contestó el almirante, pero voy á reparar mi falta.» Y se puso en obra incontinenti, y aunque no podía ocultar su torpeza de soldado que no ha puesto en práctica las arterias diplomáticas, no salió tan mal del paso para ser principiante.

Viéndose en la necesidad de vigilar la instalación de sus tropas en Tehuacán, dejó en Veracruz á Saligny con Almonte y Lorencez; pero luego que este último terminó sus preparativos de marcha, Saligny le instó para que llevara á Almonte hasta Córdoba, en donde le sería más fácil desarrollar sus intrigas. En



efecto, apenas se le supo llegado ahí, el Gral. Robles se escapó de la pequeña ciudad en que estaba prisionero bajo palabra, y se dirigió hacia Córdoba. Pero oficiales mexicanos le vigilaban: fué aprehendido y fusilado. En cambio, los generales Taboada, Castillo, Aguilar y Calvo lograron llegar. Almonte forjó con ellos un plan de levantamiento en México, presentó á Taboada con Lorencez, y así la ruina de la república se organizaba á la luz del día, bajo la protección de nuestras armas.

Prim veía colérico lo que pasaba. Furioso por la llegada de Lorencez, que disminuiría su preponderancia militar, y por la de Almonte, que le despojaba de la dirección política; cada día más persuadido, sobre todo desde que no tenía interés en creer lo contrario, de que el emperador se comprometía en una aventura descabellada, que sería pernicioso aun teniendo éxito, entró en francas explicaciones con él. Su carta era profética. «Tengo, decía, la convicción profunda de que en este país los hombres de sentimientos monárquicos son muy poco numerosos». A pesar del desorden y de la agitación, el establecimiento de la república ha creado hábitos y hasta lenguaje republicanos que sería imposible destruir. Desde hace dos meses la bandera de los aliados flota sobre Veracruz, y hoy, que ya ocupamos las importantes plazas de Orizaba, Córdoba y Tehuacán, en las que no ha quedado ninguna fuerza mexicana, ni conservadores ni monarquistas han hecho manifestación alguna que pueda dar á los aliados testimonio de su existencia. Será fácil á Vuestra Majestad llevar al príncipe Maximiliano hasta la capital y coronarle, pero ese rey sólo encontrará apoyo en los jefes conservadores, que no pensaron en establecer la monarquía cuando estuvieron en el poder, y que si ahora han pensado en ello, es porque se han visto vencidos y obligados á emigrar. Algunos ricos también aceptarán á un monarca extranjero, pero ese monarca no tendrá quien le sostenga el día que le falte el apoyo de Vuestra Majestad» (17 de marzo de 1862). Desligado así del soberano á quien debía su nombramiento, Prim no se sintió ya obligado á guardar consideraciones á los plenipotenciarios franceses, los cuales, por otra parte, tampoco se cuidaban de guardárselas. Sus relaciones con Saligny habían sido siempre tirantes y las que tenía con Jurien se iban agriando. Este, hasta llegó á escribirle que era necerario «que en adelante quedara bien establecido que la ex-

pedición era una expedición francesa y que no dependía de las órdenes de nadie» (20 de marzo de 1862).

No se atacaba á Prim impunemente; porque sabía vengarse. Se puso estrechamente de acuerdo con Wyke, quien también, desde la presentación de las reclamaciones francesas y desde que Almonte le había hecho públicas confidencias, se había pasado del lado de Juárez, lamentando le inconsiderada guerra que se hacía á México. Ambos protestaron contra la protección acordada al conspirador. Era cosa sin ejemplo, decían, volver á unos emigrados á su país, para ayudarles á derribar á un gobierno que ha abierto su territorio, que ha sido reconocido y con el cual se han entablado negociaciones. En todo caso, resolución de tamaña gravedad no habría debido ser tomada y ejecutada, sino de común acuerdo y no por los plenipotenciarios franceses solamente. Mas si tal incorrección significaba que se buscaba un rompimiento, estaba bien, pero había que reunirse en una conferencia y declarar oficialmente que el acuerdo quedaba roto (23 de marzo de 1862).

El almirante, que decididamente se había vuelto maestro en el acto de cambiar de actitud, no se asustó con las reclamaciones de Juárez, ni con las de Prim y de Wyke; les desafió á todos. ¿Se quería un rompimiento? Se adelantó á él. Dijo que recomendaría á Almonte que fuera reservado, pero que no le retiraría su confianza, y que, sin atender á las reclamaciones de Juárez, le dirigiría un ultimátum redactado por él solo, mucho más radical que aquél que no se había querido firmar en Veracruz. Y añadió que consideraría como cosa secundaria los asuntos financieros; que, reformando á su antojo la convención de Londres, aunque fingiendo respetarla, pondría en primer término la regeneración del país, y que propondría al gobierno mexicano dos condiciones previas para toda negociación: 1ª amnistía completa, absoluta, incondicional, para todos los proscritos políticos; 2ª invitación á las tropas aliadas para que entraran á la capital y protegieran la paz pública, y á los comisarios de las tres potencias para que concertaran de común acuerdo la manera de consultar la verdadera opinión del país.

¿Puede concebirse algo más estravagante y hasta más odioso, que exigir, por medio de las armas, de un poder que después de tres años de lucha encarnizada ha dominado una rebelión, que se vuelva á sujetar al voto popular como si nada hubiese



quedado definido, y que devuelva á sus enemigos, vencidos pero irreconciliables, los medios de acción y de fuerza que con tanto trabajo se les han arrancado?

Jurien no proponía seriamente tamaña enormidad: era sólo una maniobra para desembarazarse del tratado de la Soledad y volver á estar en gracia en París; pero estaba tan convencido de que las condiciones que decía iba á imponer, determinarían un rompimiento, que se dispuso á hacer que, desde el 1º de abril, regresaran sus tropas á Paso Ancho, más allá de la línea del Chiquihuite, conforme á lo pactado. Y Prim (1), apenas tuvo noticia de esta resolución de Jurien, acorrió á Tehuacán y le suplicó que suspendiera esa reculada prematura, mientras Wyke, por escrito, le hacía la misma súplica.

Jurien reprodujo en su respuesta á Wyke las explicaciones verbales que había dado á Prim: «Sin mi consentimiento y sólo por una mala inteligencia lamentable, los emigrados han obtenido esta vez la protección de nuestra bandera. Opino como vosotros que, si se puede aceptar el auxilio de un partido cuando se está en guerra con un gobierno, es preciso, al contrario, mientras se está en negociaciones, evitar todo entrometimiento en los asuntos interiores de un país» Hé ahí al verdadero Jurien, al Jurien de la Soledad. Pero hé aquí al Jurien revisado y corregido por Saligny, inspirado por Almonte: «No habría, pues, vacilado en invitar á los susodichos emigrados á que regresaran á Veracruz, si el homicidio del Gral. Robles no hubiese parecido un cartel de desafío que nos ha enviado el partido exaltado como una respuesta á los consejos de moderación que le hemos dado.....He creído, por lo tanto, que, en vista de ese doloroso acontecimiento, sería una debilidad renegar de los hombres que, aunque sea por un error, han estado bajo la protección de nuestra bandera» (2).

Wyke contestó en términos justamente severos: «Tengo la

1 Prim había tenido por un instante impulsos belicosos, á consecuencia de una altiva resistencia de Doblado referente á las aduanas y al impuesto sobre el capital. «El Sr. Doblado, había escrito á Jurien en 20 de marzo, me ha contestado con una nota seca, rayana en la insolencia. Esto basta para quemar los papeles y hacer que avancen los soldados. Reunámonos, pues, y que esto termine» Pero algunas explicaciones calmaron esta efervescencia.—NOTA DEL AUTOR.

2 A Wyke, de Tehuacán, 29 de marzo de 1862.—NOTA DEL AUTOR.

honra de acusaros recibo de vuestra comunicación de hoy, que he leído con el mayor placer, porque me informa de que la protección acordada por las tropas francesas al Gral. Almonte y al Padre Miranda, no ha sido resultado de vuestras órdenes y que la lamentáis. La expresión de este último sentimiento exonera á V. E. de toda responsabilidad, y ésta recae sobre vuestro colega, el Sr. Dubois de Saligny, quien ni siquiera ha dado parte al comodoro Dunlop, presente en Veracruz, de la protección que iba á acordar á esos desterrados, y quien, á los ruegos de este oficial para que le explicara procedimiento tan extraño, contestó declarando que el Gral. Lorencez les había llevado al interior del país obedeciendo órdenes formales de S. M. el emperador de los franceses. No estoy en situación de explicarme una contradicción tan extraordinaria entre ambos informes, pero acepto de grado el vuestro, por creer que es la expresión más correcta de las miras de vuestro gobierno, que no podría querer introducir nuevos elementos de discordia y de desdicha en este país, trayéndole á los jefes de un partido rebelde abiertamente contra el gobierno con quien estamos en amistoso acuerdo. No puedo comprender cómo la ejecución de un general mexicano convicto de haber estado en correspondencia y conspirado con una facción que conspiraba contra el gobierno, pueda justificar que conservéis bajo vuestra protección á los jefes de ese partido, á menos que deseéis identificaros completamente con ellos, lo cual no es posible, puesto que ha dicho V. E. que lamenta que se les haya acordado tal protección. El hecho de conservar á vuestro lado, en Tehuacán, al general Almonte y al Padre Miranda, no sólo os compromete, sino también á vuestros colegas. Su penetración al interior del país ha sido la causa inmediata de la muerte del Gral. Robles, y su permanencia, así como su comunicación con otras personas, ocasionará infaliblemente represalias del mismo género.» Y en lo referente á las condiciones del nuevo ultimátum, Wyke las hacía á un lado con una frase desdeñosa: «Se hablará de ellas en la conferencia» (1)

Prim logró que Jurien le prometiera que no tomaría ninguna determinación irrevocable antes de la conferencia de Orizaba, ó al menos antes del 9 de abril, día en que llegaba el correo

1 Wyke á Jurien, de Orizaba, 29 de marzo de 1862.—NOTA DEL AUTOR.



de Europa. Hasta entonces, las tropas francesas, acercándose á la línea del Chiquihuite, se detendrían en Córdoba, en el perímetro fijado por la convención de la Soledad, la cual, de esa manera, no sería aún repudiada.

## IV.

Las opiniones de los gabinetes acerca de los primeros actos de los plenipotenciarios, habían sido muy diferentes. Russell desaprobó la proclama inicial porque había sido un entrometimiento; el emperador, porque no había sido un acto de hostilidad. Russell lamentaba que no se hubiese expulsado al Padre Miranda al mismo tiempo que á Miramón; el emperador, que no se les hubiese acogido á ambos. A Russell le pareció bien que sus plenipotenciarios se hubiesen rehusado á apoyar el ultimátum de Saligny; al emperador le pareció mal que lo hubiesen rechazado. Calderón Collantes se expresó como el emperador, pero, por miedo á Prim, sus conclusiones fueron las mismas de Russell.

Las nuevas instrucciones de éste prescribieron á Wyke que, aunque sin inmiscuirse en el examen de las reclamaciones francesas, no las recomendara si no eran modificadas, y que no prestara apoyo ninguno al crédito Jecker. Y para separarse ostensiblemente de la política de intervención en que el emperador se había aferrado, ordenó á Dunlop que reembarcara inmediatamente á sus marinos, aunque la mala estación no había llegado todavía.

Las instrucciones francesas fueron dobles: las hubo de Thouvenel y del emperador. En el fondo, el honrado Thouvenel pensaba como Russell y no estaba menos escandalizado que él de las reclamaciones francesas, que superaban en mucho á sus previsiones. Mas, no sintiéndose libre para convenir en ello, se ocupó, en interminables ergotismos que denunciaban su falta de convicción, en establecer el derecho que tenían nuestros representantes para negarse á que sus pretensiones fuesen discutidas. Anunció, sin embargo, que una comisión se encargaría de revisar las cuentas presentadas, y que, si la indemnización

acordada era mayor que la debida, se devolvería el sobrante. Pero no se atrevió á dar órdenes á Saligny: solamente le aconsejó que redujera la cifra de las reclamaciones, que no defendiera el crédito Jecker sino en lo que interesara á los franceses, y que accediera á todas las proposiciones que tendieran á mantener un íntimo acuerdo entre los tres aliados (28 de febrero de 1862).

De las Tullerías llegaban otras instrucciones. Ahí se ensalzaba la energía de Saligny y se vituperaba la condescendencia de Jurien. Era preciso no tratar ya de igual á igual con el gobierno mexicano, no reconocerle en modo alguno. Y puesto que los aliados parecían dispuestos á aceptar satisfacciones que no bastaban á nuestras exigencias legítimas, se creía que estábamos autorizados á seguir adelante sin ellos, aplicando una política vigorosa.

Provistos de estas instrucciones que, en realidad, implicaban la ruptura, los plenipotenciarios se presentaron el 9 de abril en Orizaba para proceder á las conferencias.

## V.

Después de las conversaciones de Prim y Jurien, el debate había tomado una forma precisa, á causa de la demanda oficial de Juárez para que Almonte fuera, no entregado para que se le fusilara como á Robles, sino enviado á La Habana como Miramón. ¿Que se contestaría? De una parte y otra se reprodujeron las afirmaciones y las negaciones anteriores. No hubo más novedad que la arrogancia con que Dubois de Saligny se irguió triunfante sobre la encorvada espina dorsal del pobre Jurien. Ya no discutía, pronunciaba oráculos. Dijo que el sistema de contemporización estaba juzgado y desechado porque no había hecho más que acrecer la audacia, la tiranía y la rapacidad de Juárez; que ya no quería tratar con él; que había recibido numerosas peticiones francesas para que las fuerzas marcharan sobre México, y que estaba resuelto á acceder á esas peticiones. — «Os engañáis, objetó el comodoro Dunlop, los franceses residentes en México verían con desagrado la llegada de